

Tito Livio romanceado: la leyenda de Rómulo en el *Coro febeo de romances historiales* (1588) de Juan de la Cueva¹

Juan Luis ARCAZ POZO

Universidad Complutense
arcaz@filol.ucm.es

Recibido: 20 de marzo de 2010
Aceptado: 15 de septiembre de 2010

RESUMEN

El presente artículo analiza el tratamiento que recibe la leyenda de Rómulo, según la relata Livio en *Ab urbe condita* I 3-16, en tres composiciones del *Coro febeo de romances historiales* (Sevilla 1588) del poeta Juan de la Cueva, concluyéndose, tras el contraste con otras fuentes antiguas que transmiten la leyenda, que el texto del historiógrafo latino es la fuente principal para esta versión romancística.

Palabras clave: Tito Livio. Rómulo. Juan de la Cueva. Tradición clásica.

ARCAZ POZO, J.L., «Tito Livio romanceado: la leyenda de Rómulo en el *Coro febeo de romances historiales* (1588) de Juan de la Cueva», *Cuad. Fil. Clás. Estud. Lat.* 30.2 (2010) 263-294.

Livy in ballad: the Romulus' legend in the *Coro febeo de romances historiales* (1588) of Juan de la Cueva

ABSTRACT

This article analyzes the use of the Romulus story according to the Livius report of *Ab urbe condita* I 3-16 in three ballads of the poet Juan de la Cueva's *Coro febeo de romances historiales* (Sevilla 1588), concluding, after the contrast with another ancient sources which transmit the story, that the Livius latin text is the principal source for the spanish poet.

Keywords: Titus Liuius. Romulus. Juan de la Cueva. Classical Tradition.

ARCAZ POZO, J.L., «Livy in ballad: the Romulus' legend in the *Coro febeo de romances historiales* (1588) of Juan de la Cueva», *Cuad. Fil. Clás. Estud. Lat.* 30.2 (2010) 263-294.

El conocimiento y trato directo que el poeta Juan de la Cueva (Sevilla, 1543) muestra tener con los poetas clásicos es un hecho claramente manifestado por él mismo en algunos lugares de su obra en un evidente intento de mostrar la amplitud y variedad de sus escritos y en una clara actitud defensiva frente a sus adversarios poéticos y lectores (Cebrián 1984, p.29). De su contacto con los poetas latinos no nos queda otra cosa que el eco de sus versos en una amplia y diversa producción que abarca la práctica totalidad de los géneros poéticos cultivados en su época, pues, en efecto –como indica J. Cebrián–, Juan de la Cueva «cultivó la poesía petraquista cancioneril de corte amatorio, compuso una gran cantidad de romances historiales y algunos de asunto contemporáneo, escribió un buen número de obras para la escena, tradujo a los clásicos y algunos tratados humanísticos, realizó una poética y fue autor de una variada gama de poemas narrativos» (Cebrián 1984, p.31). De toda esta producción lo único que no nos ha llegado han sido sus versiones de algunos de los poetas latinos que en varios de sus alardes intelectuales declara haber traducido. Uno de esos pasajes pertenece, precisamente, a una de las piezas que componen el primer *Coro febeo de romances historiales*² que el poeta publicara en Sevilla en 1588 y en el que se encuentran también los romances que vamos a comentar en relación a la leyenda de Rómulo³. En efecto, en el «Romance al libro» (V, 11) el autor sevillano dice a propósito de algunas de las traducciones de poetas latinos que espera publicar:

Daré sin esto, que es mío,
traducciones de otra lengua;
vueltas en nuestro romance
del grave Estacio las Selvas,
algunas Odas de Horacio,
de Tibulo las Elegias.

¹ Este trabajo se enmarca en el Proyecto de Investigación FFI2008-05658/FILO, financiado por el Ministerio de Educación y dirigido por el Dr. V. Cristóbal López

² Nada tienen que ver los romances publicados en esta obra (dada a la luz en Sevilla en 1588, a pesar de llevar en portada la fecha de 1587) con los que se incluyen en el conocido como segundo *Coro febeo de romances historiales*, de bastante peor factura que éstos aunque con algún que otro texto de cierto interés, como ocurre con el romance dedicado al exilio de Ovidio (Cf. nuestro trabajo, en colaboración con V. Cristóbal, «Un romance de Juan de la Cueva sobre el destierro de Ovidio», en preparación). La errónea identificación de ambas obras fue aclarada por J. Cebrián (1991, pp.81-99), según ya apuntara antes en J. Cebrián (1984, pp.20-21).

³ Buena parte de los romances contenidos en esta obra están relacionados con la historia de Grecia y Roma y, en un significativo número, con la mitología clásica. Con respecto a ésta, la fuente habitual de información de la que se nutre Juan de la Cueva son las *Metamorfosis* ovidianas a través posiblemente, como apunta Cossío, de la traducción de Jorge de Bustamante (Cf. J.M^a de Cossío [1952, pp.142-146], donde se comentan algunos romances del *Coro febeo* en relación a la obra de Ovidio). Sobre la presencia del mito en la poesía del autor sevillano, véase E. Calderón Dorda (2005). Asimismo, para la fuente griega –concretamente, la *Ciropeida* de Jenofonte– que inspira algunos romances contenidos en el *Coro febeo* sobre la desdichada historia de Pantea, requerida de amores durante su cautiverio en el reino persa de Ciro y que se suicida al morir su esposo Abradates, véase el detallado estudio de R.J. Gallé Cejudo (2002).

Algo muy similar a lo que antes, en su poema narrativo *Viaje a Sannio*, de 1585, había dejado dicho con respecto a su contacto con la literatura antigua⁴:

Y he escrito por virtud muy de mi espacio
(creyendo que me fuera provechoso)
más que Homero, Virgilio, Ovidio, Estacio,
y he traducido a Marcial gracioso;
todas las obras del divino Horacio
he vuelto en mi vulgar, y al amoroso
y suave Tibulo, y a Propercio,
al libre Juvenal y oscuro Persio.

En cualquier caso, nada de estas traducciones dispuestas para su publicación (al menos las de las *Silvas* de Estacio, la selección de *Odas* horacianas o las *Elegías* de Tibulo, que son las que en el *Coro febeo* dice que están prestas a salir) han llegado a nosotros, aunque, en cambio, sí parece probado, por tales alardes de erudición, que Juan de la Cueva tenía algo más que cierta familiaridad con la lengua latina y con lo más granado de su producción literaria.

Este conocimiento y trato directo con los autores clásicos deben haberle servido para, en el caso que nos ocupa, obtener la información necesaria que le lleva a narrar en tres de los romances del *Coro febeo* la vida completa del fundador de Roma (desde su nacimiento a resultas de la violación de Real Silvia por Marte hasta su apoteosis final) a partir de las noticias que al respecto ofrece Tito Livio en el libro I de *Ab urbe condita*⁵. Y no se trata sólo de que la información sobre los pormenores de la leyenda que ofrece Juan de la Cueva parezca, en efecto, coincidir plenamente con lo que Livio nos cuenta, sino también, y sobre todo, de que toda esa información se disponga siguiendo las mismas secuencias y orden con que se dispone dentro del relato del historiador latino. Así, pocos son los detalles, por no decir ninguno, que estando presentes en la obra liviana no se encuentren reflejados en los romances del sevillano, sin perjuicio de algunas simplificaciones (sobre todo en lo que se refiere a los pasajes en que se alude al acto de la fundación de Roma y a las luchas que Rómulo llevó a cabo contra los distintos pueblos sabinos) y de aquellas amplificaciones con que Juan de la Cueva engrosa parte de la materia narrativa que le ofrece el texto latino,

⁴ También en esta obra queda manifiesta la estrecha relación del poeta sevillano con los autores clásicos, como se determina en F.J. Escobar (2010).

⁵ Sería éste, a lo que sabemos, uno de los pocos episodios conocidos de la recepción del historiador latino en la literatura española, excepción hecha (aparte de otros romances del *Coro febeo* vinculados con manifiesta claridad al relato de Livio, como los que tratan algunos hitos relacionados con la monarquía romana que se narran en el libro I—Cf. J.L. Arcaz [en prensa]—) de las muestras de la pervivencia en nuestras letras de las leyendas sobre los Horacios y los Curiacios, Virginia y Lucrecia contenidas en *Ab urbe condita*. De modo general, sobre la huella de Livio en España, puede consultarse M. Menéndez Pelayo (2008, pp.47-67) y R. Delicado Méndez (1996, pp.311-316). Bibliografía adicional sobre la pervivencia de Livio en las literaturas occidentales, incluida la española, puede encontrarse en V. Cristóbal (2000, pp.43-44) y, a propósito de las leyendas mencionadas, en J.L. Arcaz (en prensa, n. 11). Asimismo, sobre el interés que la obra de Livio despertó en otros autores sevillanos, además de Juan de la Cueva, véase F.J. Escobar (2004; 2009).

en especial en aquellos momentos de la leyenda en que la obra de Livio –como no podía ser de otro modo, al tratarse de un historiador– es más parca en detalles y más sintetizadora (tal es el caso, por ejemplo, del suceso de la violación de Rea Silvia por Marte, que Livio refiere con brevedad y el romance del poeta sevillano glosa, sin embargo, con amplitud y complaciéndose además en los detalles amorosos).

Pero aunque es Livio, por tanto, la fuente principal –y casi diríamos única– que Juan de la Cueva utiliza para su versión de la leyenda, no es, desde luego, la única que transmite el episodio. Conviene recordar, a pesar de que ninguna de ellas parece haberle proporcionado al romancista ni un ápice de materia informativa para completar los datos de la historia de Livio, que, además de por *Ab urbe condita*, la leyenda de Rómulo es transmitida por otras fuentes antiguas en prosa y en verso⁶. Desde luego, son las primeras las que mayor profusión de detalles presentan, y las más extensas y detalladas: se trata de los relatos de la *Historia antigua de Roma* (I 71-90 y II 1-56) de Dionisio de Halicarnaso y de la *Vida de Rómulo* de Plutarco, que nos ofrecen las dos un caudal informativo mucho más atento al dato curioso sobre la leyenda y los acontecimientos relativos al protagonista que la sintética noticia, a veces intencionadamente racionalista, del texto de Livio. Las fuentes en verso, por el contrario, son lógicamente mucho más parcas en la información que presentan y, dándose el caso de que la mayor y más significativa parte de ellas pertenece al período augústeo, suelen ofrecer una visión algo sesgada de la leyenda y acorde, por lo demás, a la coyuntura sociopolítica en que se insertan. Al margen de las breves noticias sobre Rómulo que pueden espigarse en los poetas arcaicos (en el *Bellum Poenicum* de Nevio, en los *Annales* de Ennio o en la desconocida en su argumento *praetexta* de Accio titulada *Romulus* o *Lupus*), los principales testimonios en verso que recogen elementos relacionados con la leyenda del fundador de Roma son los de Horacio (en el *Carmen Saeculare* y en el *Epodo* VII), Virgilio (que en la *Eneida* ofrece referencias a Rómulo no demasiado numerosas, pero sí selectivas e intencionadas con el objeto de potenciar la figura de Octavio a partir de los rasgos que le hace compartir con el legendario fundador de Roma⁷), Tibulo (en la elegía II 5, 23-24 y 51-54), Propertio (en dos de sus elegías romanas, la IV 1 y la IV 4 –donde se extiende sobre el episodio de Tarpeya–) y Ovidio, que es, sin duda alguna, el más recurrente a la hora de incluir a Rómulo en la práctica totalidad de su producción poética (así en *Amores* III 4, 39-40, en *Ars amatoria* I 101-132 –relato del rapto de las sabinas–, en *Metamorfosis* XIV 772-851 –episodio de Tarpeya y divinizaciones de Rómulo y Hersilia– y, sobre todo, en *Fastos* II 384-421 –abandono de los gemelos y amamantamiento por parte de la loba–, 475-512 –divinización de Rómulo–, III 9-70 –violación de Rea Silvia–, 166-257 –rapto de las sabinas e intervención de Hersilia– y IV 807-862 –fun-

⁶ No entramos a considerar aquí ni los orígenes ni los condicionantes que llevaron a la forja de un relato verosíblemente artificioso como lo es éste. Tanto para lo relativo a la cuestión del origen de la leyenda de la fundación de Roma –ya atribuida a Eneas, ya a sus descendientes directos o ya a Rómulo– como para lo que se refiere al carácter artificioso de la misma, incluidas sus relaciones y paralelos con otros relatos, remitimos a A. Alfoldi (1965), F. Bömer (1951), J.N. Bremmer (1987), T.J. Cornell (1975), R.M^a Iglesias Montiel (1993), N.M. Horsfall (1987) y J. Poucet (1985).

⁷ Cf. G. Maddoli (1988).

dación de Roma y muerte de Remo a manos de Céler, no de Rómulo—). Pero, como hemos dicho antes, ni unas ni otras parecen haber dado a Juan de la Cueva pie para apostillar en cualquiera de los hitos de la leyenda su versión en romance del relato de Livio sobre la vida de Rómulo.

Por su parte, los romances del poeta sevillano que recogen y desarrollan la vida del fundador de Roma tocan de manera individual, como indica su título, los siguientes episodios de la leyenda: «Nacimiento de Rómulo y Remo», «El rapto de las sabinas» y «Apotheosis de Rómulo»⁸. Es decir, que a grandes rasgos se hacen eco de la información ofrecida por Livio⁹ en, respectivamente, estos pasajes: I 3, 11-I 4, 7 (para lo relativo a la reclusión de Rea Silvia como vestal, su violación, el nacimiento de los gemelos y su abandono en el Tíber, el episodio del amamantamiento de la loba y el hallazgo de los hermanos por parte de Fáustulo); I 9-I 13, 4 (para lo que se refiere a la organización de los juegos en honor de Neptuno, el rapto de las mujeres, la guerra de los sabinos contra los romanos, la traición de Tarpeya, la muerte de Hostio Hostilio, el enfrentamiento entre Rómulo y Metio Curcio, y la interposición de las sabinas entre los dos bandos para pedir la paz); y I 16 (para toda la información sobre el suceso de la tormenta durante la cual desaparece Rómulo, sobre la convicción de los romanos de que su rey había sido divinizado y sobre las palabras de Próculo acerca de la visión en la que se le aparece Rómulo convertido ya en dios).

1. Es el primero de los romances («Nacimiento de Rómulo y Remo») el que, sin duda alguna, más se aparta de la fuente latina al engrosar la materia histórica de Livio, como hemos dicho, con algunos detalles que inciden sobre todo en la violación de la vestal por parte del dios de la guerra. En ninguna de las fuentes antiguas consta

⁸ El texto de los romances que citamos lo hacemos a partir de la edición de A. Durán (1849, pp.345-349 [nº 511, 512 y 514, respectivamente]). Por su lado, el texto de Livio que utilizamos es el de la edición de A. Fontán (1987).

⁹ Anotamos aquí la más que probable y obvia circunstancia de que Juan de la Cueva conociera y leyera la obra de Livio directamente en latín, pues a tenor de su familiaridad con la lengua del Lacio —como señala en los pasajes de su obra poética antes comentados a propósito de las traducciones que había realizado de algunos poetas romanos— no debía resultarle difícil la lectura y comprensión del original. Tenía ya a su disposición, desde luego, si no una de las copias manuscritas de la *Historia* de Livio que tanto proliferaron en los siglos XIV y XV gracias al impulso que el autor latino recibió por parte de Petrarca, sí al menos cualquiera de las primeras ediciones que se publicaron a partir de la *princeps* romana de 1469: la de Maguncia de 1519 o las dos ediciones de Froben dadas en Basilea en 1531 y 1535. Además de las traducciones en otras lenguas distintas del castellano —italiano, francés o inglés—, en el ámbito hispano hubiera podido tener fácil acceso a la lectura del relato de Livio a partir principalmente de la traducción del Canciller Pero López de Ayala, acabada en 1401 y de la que no se atisba ninguna traza de huella en los poemas que estamos analizando, o de las más cercanas a su época de fray Pedro de Vega (Zaragoza 1520) y Francisco de Enzinas (Estrasburgo 1552 y Colonia 1553). Sobre la tradición directa de Livio, véase A. Fontán (1987, pp.CV-CXVIII) y, con especial referencia a España, R. Delicado Méndez (1991; 1996, pp.311-316) y C.J. Wittlin (1977, vol. I, pp.13-211). En cualquier caso, a tenor de los estrechos paralelos textuales que en numerosas ocasiones ofrece la versión de los romances con el texto de Livio (al margen de que aquéllos coincidan con éste en la ordenación de las secuencias narrativas del episodio), es fácilmente descartable la posibilidad de que Juan de la Cueva conociera la *Historia* de Livio a partir de los epitomes de Floro y Eutropio o de las Periocas, pues estos resúmenes del texto del historiador, más atentos al hilo general del relato, suelen prescindir de esa gama de detalles que en el caso que nos ocupa tanto acercan a Juan de la Cueva a su fuente directa latina.

que Marte se enamorara de Rea Silvia y que ése fuera el motivo de poseerla a la fuerza: Livio, desde la lógica perspectiva del historiador, sólo habla, tras aludir con brevedad a la usurpación del poder de Alba Longa por parte de Amulio y a la muerte del hijo de Númerito y la reclusión de Rea como vestal, de la atribución, no necesaria ni obviamente comprobada, de la violación a Marte (Livio I 3, 11-4, 2)¹⁰:

(...) pulso fratre Amulius regnat. Addit sceleri scelus: stirpem fratris uirilem interimit, fratris filiae Reae Silviae per speciem honoris cum Vestalem eam legisset perpetua uirginitate spem partus adimit.

Sed debebatur, ut opinor, fatis tantae origo urbis maximeque secundum deorum opes imperii principium. Vi compressa Vestalis cum geminum partum edidisset, seu ita rata seu quia deus auctor culpae honestior erat, Martem incertae stirpis patrem nuncupat.

Sin embargo, Juan de la Cueva, tras concretar al comienzo de su romance los datos aportados por Livio sobre el derrocamiento de Númerito y la acción represiva de Amulio contra los hijos de éste –la muerte del varón Lauro y el enclaustramiento como vestal de Rea Silvia– (vv. 1-24):

Con las vírgenes vestales
Está la hermosa Rea,
Que su tío el rey Amulio
Allí la tiene por fuerza,
Desterrándole a su padre
Contra justicia y clemencia,
Por quitarle el reino Albano,
Qu'era suyo por herencia.
Asimismo dio la muerte
A Lauro, otro hermano d'ella,
Con que seguro de todo
Con el reino albanés queda.
La triste Rea quedando
Huérfana y por fuerza opresa,
La cual consumía su vida
Lastimada de su ofensa,
Pidiendo venganza al cielo
De su estrechez y miseria,
Desesperada del medio,

¹⁰ Las fuentes antiguas son imprecisas sobre el hecho de si la violación se produjo o no a resultas de un súbito raptó amoroso de pulsión erótica que se apoderó de Marte o de quien fuera el que ultrajó a Rea Silvia. Mientras Plutarco no dice nada al respecto, Dionisio de Halicarnaso atribuye la violación, sin mayores precisiones, o bien a un pretendiente de la joven Rea, o bien a su propio tío Amulio (ataviado con armas para infundirle terror y no ser reconocido) o bien, por último, a una imagen de la divinidad a la que estaba consagrado el bosque al que había ido la vestal a recoger agua –esto es, al dios Marte–. Por su lado, Ovidio es el único que alude explícitamente a un repentino deseo de poseer a la joven mientras se había quedado dormida (*Fast.* 3.9-24). Sobre la parte de la leyenda que toca a Rea Silvia, especialmente en lo relativo a su nombre y a las variantes mitográficas acerca de estos sucesos, véase A. López Fonseca (1991).

Que dalle remedio pueda.
Estando así en el convento
De la religiosa Vesta,
Entre su virgíneo coro
La virgen vestal profesa,

se extiende con generosidad para detallar los pormenores del amor que se apodera de Marte al ver a Rea Silvia –a la que ultraja sorprendiéndola un día sola–, lo que le permite jugar con la paradoja que supone que el dios de la guerra se debata en esta lucha impuesta por el amor y sea, a la postre, vencido (vv. 25-64):

El hijo del alto Jove,
Que preside en las peleas,
El sangriento horror, dejando
Las armas y trompas bélicas,
A la terneza de amor
Todo su furor sujeta,
Viendo la beldad divina
De la virgen vestal Rea;
Y forzado al dulce fuego,
Que al más fuerte señorea,
El poderoso dios Marte
Ciego y cativo se entrega;
Que en las contiendas de amor
Ninguna fuerza aprovecha.
Dio lugar a la memoria
El dios fiero de la guerra,
Trabando consigo mismo
De las guerras la más fiera,
Entre amor y su deseo,
Que el uno y otro le apremian,
Dándole el amor esfuerzo,
Y el deseo temor y pena;
Natural cosa al que ama,
Es temer lo que desea,
Cual al dios Marte, sucede,
Que lo que desea, recela.
Puesto el tracio dios horrible
En esta horrible contienda,
Temiendo y orando a un punto,
Cosa en el que ama cierta,
Sujeto a su voluntad
Rompió del temor la cuerda
Dejando al libre deseo
Suelta a su querer la rienda:
Y así puesto en asechanza
A la vestal Rea acecha,
Y hallándola sola un día

A gozar d'ella se apresta;
Que no le otorga su fuego,
Para aguardar más, licencia.

De igual modo, el hecho mismo de la violación se amplifica notoriamente con respecto a Livio, quien aludía a ella con una escueta noticia (*ui compressa Vestalis*) que, por otro lado, también está presente en el texto del romancista cuando refiere el forcejeo y la resistencia que opone la joven a las intenciones de Marte. Asimismo, a diferencia del autor latino, la violación relatada por Juan de la Cueva se adorna con la mención a determinados sucesos extraordinarios que tienen lugar durante el estupro¹¹ y que cuadran en su texto, y en la retina de su lector, con los acontecimientos sobrenaturales en los que interviene la pagana divinidad guerrera –pues tal búsqueda de dramatismo suele ser la tónica dominante en este tipo de romances historiales– (vv. 65-88)¹²:

Llegó a ella y por la mano,
Sin descubrirse quién era,
La asió, y ella pavorosa
La voz mal formada arrecia.
Forcejeando, y resistiendo
Enflaqueció en la defensa;
Que no puede fuerza humana
Resistir divina fuerza.
Tembló el templo, bramó el cielo,
Estremeciéndose la tierra,
De horror volvió atrás el Tíber
Escondiendo la cabeza,
Y al centro lodoso y hondo
Se dejó calar de pena,
Turbando las claras hondas
Revolviendo las arenas,

¹¹ Nada de esto, como ha podido verse, hay en Livio. Sólo Dionisio de Halicarnaso (I 77, 2), haciéndose eco de lo que transmiten otros autores, menciona el suceso acompañado de algunas señales divinas «como una repentina desaparición del sol y una oscuridad que se extendía por el cielo» (Cf. E. Jiménez-E. Sánchez [2002, p.107]). Ovidio, por su parte, menciona también similares circunstancias pero no en el momento en que se produce la violación, sino cuando Rea Silvia pare a los gemelos (*Fast.* 3.45-47).

¹² Acerca de la actitud que los poetas que componen esta clase de romances adoptan con respecto a la mitología clásica –y, por extensión, a la historia antigua– señala Cossío: «La finalidad (...) era abreviar en la holgura fácil del romance historias dilatadas, y transmitir las y hacerlas populares entre toda clase de lectores. (...) El procedimiento de aprovechar las historias escritas era el mismo de los romances de más vieja y noble tradición. No se trataba de poner en romance lo leído en prosa, aunque a veces por limitaciones del versificador poco más se hacía que esto, sino de amplificar, o condensar o glosar el pasaje o episodio que parecía más propio para ello por su interés, por su fuerza patética o por su misterio poético, o bien abreviar una historia dilatada reduciéndola a sus líneas indispensables, a su esquema más expresivo» (Cf. J.M^a de Cossío [1952, pp.122-123]). Parece claro que las palabras del ilustre hispanista cuadran a la perfección con las intenciones que Juan de la Cueva parece manejar en la composición de éste y de los otros romances sobre la vida de Rómulo que estamos comentando.

Dando testimonio en esto
Del agravio hecho a Vesta.
Habiendo Marte a su gusto
Gozado de la doncella,
Le dice quién es, y en vuelo
Se desapareció de ella,
Quedando la vestal virgen
Sin el don que más se precia.

Curiosa es en la versión del romance la presencia de un suceso prodigioso referido al Tíber, especialmente si tenemos en cuenta que el final de Rea Silvia, como testimonian algunas versiones, fue el casarse con el rey Tíber, hijo de Jano y epónimo del río que baña la ciudad de Roma, circunstancia esta que no sabemos si conocía el autor o no le pareció oportuno recogerla en su texto, sobre todo si reparamos en que más tarde, siguiendo a Livio (1.4.3: *sacerdos uincta in custodiam datur*), dice que Rea Silvia fue encarcelada por Amulio tras producirse el parto («y así la mandó poner / en una prisión estrecha / donde acabase la vida / en soledad y miseria»). Más curioso resulta aún constatar que las precisiones que acompañan a los prodigios que afectaron al Tíber inciden en dos señas de identidad que caracterizan en los poetas romanos su habitual apariencia (es decir, el ser proceloso y de turbia corriente), pues, en efecto, a ello han de referirse las respectivas alusiones al «centro lodoso y hondo» del río y al hecho de enturbiar «las claras hondas / revolviendo las arenas» que recoge el romance. Por todo ello, es muy sorprendente que tales características puestas en relación con Rea Silvia, según aquí aparecen, las encontremos en un pasaje de la *Oda* 1.2 de Horacio –que por el conocimiento que de él tenía el romancista bien pudo haberle inspirado los prodigios que menciona– en el que también se destaca la naturaleza impetuosa del Tíber (1.2.13-20):

*Vidimus flauum Tiberim retortis
litore Etrusco uiolenter undis
ire deiectum monumenta regis
templaque Vestae,
Iliae dum se nimium querenti
iactat ultorem, uagus et sinistra
labitur ripa Ioue non probante u-
xorius amnis.*

Pero volviendo al hilo de la historia que narra el romance y a su dependencia con respecto a las fuentes antiguas, nuestro poema continúa con la mención del embarazo de Rea y el alumbramiento de los gemelos, y, tras ello, con el conocido episodio del abandono y el milagroso salvamento de los recién nacidos que son amantados por una loba antes de encontrarlos el pastor Fáustulo, que, a la postre, es quien se los lleva para criarlos junto a su esposa Larencia como hijos propios. Según viene siendo norma habitual, Juan de la Cueva amplifica la noticia del embarazo destacando el oprobio sufrido por Rea Silvia en su calidad de vestal y dramatizando por ello el momento puntual del parto, que en la versión del romancista

—como parece entenderse también en el relato de Livio, que no es más concreto al respecto¹³— es el instante en que Amulio se entera de lo ocurrido y decide castigar a la madre y a los niños (vv. 89-114):

Y de dos hijos preñada,
Indicio de que era rea;
Que las ocultas maldades
El mismo mal las revela,
Cual en este ayuntamiento
Vino a sucederle a Rea,
Quedando por rastro d'él
La preñez, en que se vea:
La cual aunque quedó oculta,
Fue, creciendo, manifiesta;
Llegando el tiempo que Juno
Sacó a ver la luz febea
Dos bellos niños de un parto,
No sin confusión y afrenta
De las vírgenes vestales,
Que al rey el caso le cuentan.
El cual oyendo el suceso,
Sin que punto se detenga,
Renovando el odio antiguo
Ordenó, ardiendo en crueza,
Cómo padezca la madre,
Y los dos hijos perezcan:
Y así la mandó poner
En una prisión estrecha
Donde acabase la vida
En soledad y miseria.

Con estas últimas palabras se amplifica, pues, la escueta referencia de Livio a la decisión del castigo que ha de pesar sobre Rea Silvia y los gemelos (1.4.3: *sacerdos uincta in custodiam datur; pueros in profluentem aquam mitti iubet*) y, acto seguido, se procede a narrar, con alguna que otra licencia amplificadora de los momentos que de nuevo pueden suponerse más dramáticos, la suerte seguida por Rómulo y su hermano. Pero al margen de estas porciones del romance que ponen el acento en la tragedia del abandono, Juan de la Cueva sigue bastante de cerca el relato de Livio¹⁴, que

¹³ Las noticias de la violación, el parto, la atribución de la paternidad a Marte y la decisión de Amulio de imponer un castigo a la vestal y a su prole, quedaban reducidas en Livio —recordemos— a estas pocas palabras (1.4.2-3): *Vi compressa Vestalis cum geminum partum edidisset, seu ita rata seu quia deus auctor culpae honestior erat, Martem incertae stirpis patrem nuncupat. Sed nec di nec homines aut ipsam aut stirpem a crudelitate regia uindicant.*

¹⁴ Aun omitiendo datos de carácter más histórico que parecen no merecer ser mencionados en el marco del romance, tal es el caso, por ejemplo, de la omisión del nombre que recibió el lugar en que fueron depositados los gemelos y que Livio comenta así (1.4.5): *Ita uelut defuncti regis imperio in proxima alluue ubi nunc ficus Ruminalis est, Romularem uocatam ferunt, pueros exponunt.*

ofrece en puntual síntesis, sin lugar para la complacencia narrativa¹⁵, los hitos más significativos del episodio desde el abandono hasta el hallazgo de los niños por parte de la loba y su actitud maternal con ellos, tal cual la encontró Fáustulo (1.4.4-6):

Forte quadam diuinitus super ripas Tiberis, effusus lenibus stagnis nec adiri usquam ad iusti cursum poterat amnis et posse quamuis languida mergi aqua infantes spem ferentibus dabat. Ita uelut defuncti regis imperio in proxima alluuie (...) pueros exponunt.

Vastae tum in his locis solitudines erant. Tenet fama cum fluitantem alueum, quo expositi erant pueri, tenuis in sicco aquae destituisset, lupam sitientem ex montibus qui circa sunt ad puerilem uagatum cursum flexisse: eam submissas infantibus adeo mitem praebuisse mammas ut lingua lambentem pueros magister regii pecoris inuenerit: Faustulo fuisse nomen ferunt.

Y ésta es la información que el romance, conforme a su proceder, reescribe de la siguiente manera (vv. 115-188):

Llamó luego dos criados,
De quien confiarse pueda,
Y contándoles el caso
Los dos niños les entrega
Para que al Tiber los echen
Adonde ahogados mueran.
Los criados diligentes,
Las almas de dolor llenas
Reciben los dos infantes,
Para darles muerte fiera.
Cumpliendo el real mandato
Van a ejecutar la pena
En los tiernos inocentes,
Que en naciendo a morir llevan
Por la culpa de su madre,
Que a su inocencia condena
Y la tiranía del tío,
Que en ellos su odio venga,
Aunque el disponer del cielo
D'ellos otra cosa ordena;
Porque llegados al río
Donde la triste tragedia
Ha de ser de los dos niños,
Según orden mortal cierta,
Iba el río tan crecido
Tendido por la ancha vega,

¹⁵ Como sí ocurre en las versiones de la leyenda de Dionisio de Halicarnaso y Plutarco, y en el relato poético de Ovidio.

Que poder llegar al hondo
De la corriente les veda;
Y así cumpliendo el mandato
Del Rey, los dos niños dejan
Echados dentro del agua,
Y con esto dan la vuelta.
Mas vuelto a piedad el Tíber
Por la divina clemencia,
Recogió en sí la creciente,
Los niños dejando en tierra
Entre las ovas y lamas
Llorando su cruda estrella.
Acudió al llanto una loba,
No movida como fiera,
Mas de humano sentimiento,
Como si aquello sintiera,
Y lamiéndoles el lodo,
Con regalo entre ellos se echa,
Y a cada niño en su boca
La loba aplicó una teta.
En este piadoso oficio
Esta fiera se recrea,
O guiada de los dioses,
O movida de terneza.
Sucedió que como iba
Y volvía luego presta,
Esto hizo tantas veces
Siguiendo una misma senda,
Que de Faustillo, un pastor,
Fue vista y tenida en cuenta;
Y así siguiéndole un día
Por los pasos que iba ella,
La vio tendida en el suelo,
Y a los niños a sus tetas,
Usando del mismo oficio
Que si ella los pariera.
Aguardó el pastor Faustillo,
Que la fiera hiciese ausencia,
Y luego que los dejó
A los tiernos niños llega
Movido a piedad humana,
Tomando ejemplo en la fiera.
Se cargó de los dos niños
Y a su cabaña los lleva,
Y a Laurencia su mujer
Todo el suceso le cuenta
Mandándoselos criar
Como si sus hijos fueran.

Teniendo en cuenta el texto de Livio que hemos transcrito, no es difícil establecer paralelismos entre algunos detalles de esta porción del romance y las noticias ofrecidas en el texto latino, que, según ya se dijo, son respetadas en la secuencia de su exposición por Juan de la Cueva: ahí está la mención a la crecida del río que no permite a los portadores de los niños llegar al cauce normal de la corriente (sobre lo que el romance señala que «iba el río tan crecido / tendido por la ancha vega / que poder llegar al fondo / de la corriente les veda» de acuerdo a las palabras de Livio *super ripas Tiberis, effusus lenibus stagnis nec adiri usquam ad iusti cursum poterat amnis*), ahí la explícita mención que encontramos a la creencia de que con sólo depositar a los niños en la corriente se daba cumplimiento al mandato del rey (en el romance «y así cumpliendo el mandato / del Rey, los dos niños dejan / echados dentro del agua», y en Livio *ita uelut defuncti regis imperio in proxima alluue ... pueros exponunt*), ahí la alusión al carácter divino del río Tíber («mas vuelto a piedad el Tíber / por la divina clemencia» / *diuinitus Tiberis*), ahí la referencia a cómo los niños son depositados en tierra por la corriente («recogió en sí la creciente / los niños dejando en tierra» / *tenuis in sicco aqua destituisset*), a la loba que acude al llanto con inusitada ternura («acudió al llanto una loba, / no movida como fiera, / mas de humano sentimiento, / como si aquello sintiera» / *lupam sitientem ex montibus ... ad puerilem uagatum cursum flexisse ... mitem*) y a la actitud de ésta con respecto a los niños, a los que lame y ofrece sus ubres («y lamiéndoles el lodo, / con regalo entre ellos se echa, / y a cada niño en su boca / la loba aplicó una teta» / *eam submissas infantibus adeo mitem praebuisse mammas ut lingua lambentem pueros...*), según es encontrada por el pastor Fáustulo («que de Faustillo, un pastor, / fue vista y tenida en cuenta» / *...magister regii pecoris inuenerit: Faustulo fuisse nomen ferunt*) antes de llevárselos a su majada para ser criados por su esposa Larencia («se cargó de los dos niños / y a su cabaña los lleva, / y a Laurencia su mujer / todo el suceso le cuenta / mandándoselos criar / como si sus hijos fueran» / *ab eo ad stabula Larentiae uxori educandos datos*). Todo lo demás que leemos en el romance es engrosamiento y glosa de la escueta narración del texto de Livio.

La leyenda de Rómulo, empero, continúa en los otros dos romances de Juan de la Cueva y en ellos se presta atención, como ya dijimos, a otros tantos episodios significativos de la historia que se narra: el rapto de las sabinas y la apoteosis del fundador de Roma. Por lo que respecta al seguimiento que el poeta sevillano hace de la fuente de Livio, se prescinde, pues, en este recorrido por la leyenda, de una buena porción de *Ab urbe condita* que se encontraba dispuesta entre el episodio de la loba y Fáustulo y el rapto de las sabinas, y que iba referida de manera especial al hecho mismo de la fundación de la ciudad. Ésta es, precisamente, la información que de forma precisa y sucinta pone punto final al primero de los romances que estamos comentando, pues tras el relato del encuentro feliz de los gemelos por parte del pastor, nuestro poema termina resumiendo toda esa porción del texto de Livio en estos cuatro octosílabos (vv. 189-192):

Éstos son Rómulo y Remo,
Del Romano Imperio cepa,
Por quien fue fundada Roma
Que fue del mundo cabeza.

2. El segundo romance, «El rapto de las sabinas», es, más que el anterior, una clara transcripción en octosílabos del relato de Livio. De una forma mucho más evidente se mantiene la secuencia de los distintos episodios de la leyenda e incluso, aparte de verse manifiestamente detrás la fuente latina, se deslizan en el romance algunas precisiones textuales que tienen por su cercanía al texto de Livio visos de traducción (y, a veces, de errada traducción) del original latino. El comienzo de nuestro poema es ya, de entrada, un eco transliterado del inicio del relato de Livio sobre el rapto de las sabinas (vv. 1-10)¹⁶:

Viéndose el hijo de Marte,
Por quien fue Roma fundada,
Muy poderoso de gente
En su ciudad, ya acabada,
Consideró que este imperio
Presto acabaría sin falta,
Porque habiendo tantos hombres,
Las mujeres les faltaban,
Para que en aumento fuese
La generación romana.

En estos versos se recogen, sin duda alguna, las ideas esenciales que presenta el historiador latino como motivos que llevaron a Rómulo a buscar pactos de alianza y matrimonio con los pueblos vecinos a Roma una vez que la ciudad había consolidado su inicial poderío. Pues, en efecto, la idea del verso «muy poderoso de gente / en su ciudad, ya acabada» está haciéndose eco del texto de Livio *iam res Romana adeo erat ualida* y, asimismo, la convicción de que el estado romano no duraría más allá de una generación por la falta de mujeres, según la expresan los versos «consideró que este imperio / presto acabaría sin falta, / porque habiendo tantos hombres, / las mujeres les faltaban, / para que en aumento fuese / la generación romana», se ha debido forjar sobre el texto latino *sed penuria mulierum hominis aetatem duratura magnitudo erat, quippe quibus nec domi spes prolis nec cum finitimis conubia essent*.

De igual modo, Juan de la Cueva expresa el envío de legaciones en busca de tales pactos –aun omitiendo los argumentos esgrimidos por los legados despachados por Rómulo¹⁷– con una sorprendente literalidad con respecto a la fuente histórica.

¹⁶ 1.9.1: *Iam res Romana adeo erat ualida ut cuilibet finitimarum ciuitatum bello par esset: sed penuria mulierum hominis aetatem duratura magnitudo erat, quippe quibus nec domi spes prolis nec cum finitimis conubia essent*.

¹⁷ En realidad, lo que parece suceder es que los argumentos utilizados por los legados de Rómulo para convencer a los sabinos (1.9.3-4: *urbes quoque, ut cetera, ex infimo nasci; dein, quas sua uirtus ac di iuent, magnas opes sibi magnumque nomen facere; satis scire origini Romanae et deos adfuisse et non defuturam uirtutem; proinde ne grauarentur homines cum hominibus sanguinem ac genus miscere*) son puestos por el romance en boca de los sabinos, y utilizados en sentido contrario, como excusa para rechazar las pretensiones romanas. Concretamente, de todas las argumentaciones expuestas por Livio, la que de forma más literal encontramos en el texto de Juan de la Cueva es la que el historiador latino expone en último lugar, pero, según decimos, utilizada en sentido contrario a como en él aparece: «y en oyendo su demanda, / con afrentosos oprobios / los despedían y echaban, / diciendo: que a advenedizos / a sus hijas no les daban, / y que siendo salteadores, / gente pastoril y baja, / su amistad ni parentesco / no les importaba en nada: / que casasen con su igual, / y hiciesen alianzas».

Sobran comentarios para intentar demostrar la evidencia de que estos versos del romance (vv. 11-20):

Habiendo acuerdo sobre esto,
Rómulo al punto despacha
Legados a las ciudades
De toda aquella comarca,
Pidiéndoles su amistad,
Y dando para ello causas,
Fueron los embajadores,
Y en oyendo su demanda,
Con afrentosos oprobios
Los despedían y echaban,

van a la zaga de las palabras de Livio acerca de la maniobra romana y su fracaso (1.9.2-5):

Tum ex consilio patrum Romulus legatos circa uicinas gentes misit qui societatem conubiumque nouo populo peterent (...). Nusquam benigne legatio audita est: adeo simul spernebant, simul tanta in medio crescentem molem sibi ac posteris suis metuebant.

Y también es evidente la dependencia literal del romance del sevillano con respecto a Livio al mencionar el malestar que tales reacciones de los sabinos provocó en el pueblo romano (1.9.6: *Aegre id Romana pubes passa et haud dubie ad uim spectare res coepit*), aunque en el poeta hispano dicho malestar se personalice en el protagonista de su poema (vv. 29-32):

Siendo de Rómulo oída
La respuesta, ardiendo en saña,
Determinó que acabasen
Lo que no el ruego, las armas.

Asimismo, la organización de los juegos durante los que se producirá el rapto de las mujeres sabinas es relatada por Juan de la Cueva dando cabida a toda la materia ofrecida por Livio, al que sigue incluso en la adopción de algunos términos que dejan ver la senda literal por la que camina su adaptación del historiador. Es fácil comprobar hasta qué punto el relato del autor latino acerca del procedimiento ideado por Rómulo para convocar a los pueblos cercanos a Roma y expuesto así (1.9.6-9):

Cui tempus locumque aptum ut daret Romulus aegritudinem animi dissimulans ludos ex industria parat Neptuno equestri solemnes: Consualia uocat. Indici deinde finitimis spectaculum iubet: quantoque apparatu tum sciebant aut poterant concelebrant ut rem claram exspectatamque facerent. Multi mortales conuenere, studio etiam uidendae nouae urbis, maxime proximi quique, Caeninenses, Crustumini, Antemnates; iam Sabinorum omnis multitudo cum liberis ac coniugibus uenit. Inuitati hospitaliter per domos cum situm moeniaque et frequentem tectis urbem uidissent, mirantur tam breui rem Romanam creuisse,

troquela la narración del romance, que se resuelve en una suerte de mezcla entre la síntesis de la información aportada por Livio y el calco literal –a veces mal interpretado– del texto latino (vv. 33-58):

Y porque viniese a efeto
Su intención, fingió que estaba
Enfermo, y mandó que fuese
Esta nueva divulgada,
Juntamente apregonando
Por las ciudades cercanas
Fiestas a Neptuno ecuestre,
Y unos juegos de gran fama,
Dándoles licencia a todos,
Y la ciudad libre y franca
A cuantos venir quisiesen
A las fiestas que ordenaba.
Sabida que fue esta nueva,
Ya que el tiempo se acercaba,
Muchos hombres y mujeres
Ir a vellas acordaban,
Con deseo de ir a ver
La nueva ciudad fundada.
Y así con hirviente priesa
Los sabinos se aprestaban
Con sus mujeres e hijos,
Y en la ciudad se alojaban,
Maravillados del sitio,
De las cercas y anchas plazas
De la nueva población,
Que los admira y espanta.

En efecto, la síntesis operada sobre el texto de Livio ha evitado al romancista, aun manteniendo la práctica totalidad de la información sobre la estratagema ideada por Rómulo, mencionar puntualmente los nombres de los distintos pueblos sabinos que acuden al espectáculo. Pero, por contra, no ha renunciado a recoger algunos términos y junturas, en casi franca traducción, que se encontraban en el original. Es el caso del comienzo de este pasaje, en el que la oración final del texto de Livio *cui tempus locumque aptum ut daret* ha sido traducida en la práctica como «y porque viniese a efeto / su intención» y en el que, en craso error, la construcción participial *ae-gritudinem animi dissimulans* referida a Rómulo se ha interpretado como «fingió que estaba / enfermo», donde *dissimulans* se ha vertido en «fingió» y la idea de enfermar se ha tomado de una equivocada interpretación del significado de *ae-gritudinem* desligado de su determinante *animi*. Traducción parecen también estos lugares paralelos: «y mandó que fuese / esta nueva divulgada, / juntamente apregonando / por las ciudades cercanas / fiestas a Neptuno ecuestre, y unos juegos de gran fama» / *ludos... parat Neptuno equestri solemnes... indici deinde finitimos spectaculum iu-*

bet; o estos otros: «muchos hombres y mujeres / ir a vellas acordaban, / con deseo de ir a ver / la nueva ciudad fundada» / *multi mortales conuenere, studio etiam uidendae nouae urbis*; o estos últimos: «y así con hirviente priesa / los sabinos se aprestaban / con sus mujeres e hijos, / y en la ciudad se alojaban, / maravillados del sitio, / de las cercas y anchas plazas / de la nueva población, que los admira y espanta» / *iam Sabinorum omnis multitudo cum liberis ac coniugibus uenit. Inuitati hospitaliter per domos cum situm moeniaque et frequentem tectis urbem uidissent, mirantur tam breui rem Romanam creuisse*. En todos ellos, sobran los comentarios, es posible ver con nitidez el esfuerzo del romancista por mantener la literalidad con respecto al texto de Livio y traducirlo sin demasiadas libertades en el formato del octosílabo.

Si hay un momento de verdad dramático en todo el episodio de las sabinas ése es precisamente el que se corresponde con el mismo momento del rapto. Aquí es donde, según nos tiene acostumbrados Juan de la Cueva, se produce un distanciamiento más notable en este segundo romance con respecto al relato de Livio. Y ese distanciamiento se resuelve por una doble vía, como es habitual: engrosamiento de lo considerado más dramático (y que en la fuente histórica es despachado con menor detalle) y silenciamiento de todo lo accesorio al objeto del romance (como en esta ocasión ocurre con la mención de la anécdota sobre Talasio en relación al episodio del rapto y, algo después, con la amplia porción del texto latino en que se refieren las distintas luchas libradas por Roma contra los pueblos vecinos a resultas del episodio del rapto y antes de que se narre el relativo a Tarpeya). Así, mientras Livio apunta con notoria brevedad el momento puntual del rapto en 1.9.10-11:

Vbi spectaculi tempus uenit deditaque eo mentes cum oculis erant, tum ex composito orta uis signoque dato iuuentus Romana ad rapiendas uirgines discurrit. Magna pars forte in quem quaeque inciderat raptae: quasdam forma excellentes, primoribus patrum destinatas, ex plebe homines quibus datus negotium erat domos deferebant,

Juan de la Cueva recrea el tumulto producido tras darse la señal convenida y tras recoger con cierta literalidad las palabras iniciales del texto latino que anuncian el episodio y las que más adelante lo cierran con la marcha de Roma, entristecidos, de los padres de las raptadas (vv. 59-102)¹⁸:

Llegó el día señalado
De la fiesta apregonada:
Comienzan alegres juegos
Y a salir revueltas danzas,
Los unos por una parte,
Los otros por otra banda:
Estos vienen contra aquellos,

¹⁸ Liv.1.9.13: *Turbato per metum ludicro maesti parentes uirginum profugiunt*. No obstante, tras referir poco después Juan de la Cueva las palabras con que Rómulo tranquiliza a las jóvenes sabinas, el romancista vuelve de nuevo la vista a este pasaje de Livio, cerrando así el episodio del rapto y dando pie al relato de las hostilidades contra el pueblo romano que inicia Tito Tacio (*Cf. infra*).

Y estos a aquellos atajan:
Ocupan los circunstantes
Las vistas, memorias y almas.
Desque los romanos vieron
La ocasión aparejada,
No la dejaron pasar,
Porque no vuelve si pasa;
Y así, fingiendo un ruido
Entre ellos, tocan alarma.
Salen los jóvenes fieros
Ardiendo en ardor y saña:
Mézclanse con los que miran,
Que descuidados estaban.
A cuál le quitan la hija,
A cuál le roban la hermana,
A cuál le llevan la prima,
Sin poder más que dejalla.
Las vírgenes daban voces
Viendo que así las robaban:
Cuál del cuello de su padre
Se ase, y de allí la arrancan;
Cuál huye despavorida,
Y con su madre se abraza,
De donde el romano fiero
La quita, y por cima pasa,
Sin moverse a llanto o ruego,
Ni aplacar su odio a nada,
Robando solo doncellas,
Reservando a las casadas.
Habiendo hecho la presa
De las vírgenes robadas,
Para asegurar su hecho,
Puesta la ciudad en arma,
Echaron fuera la gente
A quien d'ellas despojaban,
Que con triste sentimiento
Viendo ir los suyos quedaban.

Pese a la amplificación de la noticia de Livio, el romance ofrece algún calco literal que remite claramente al texto del historiógrafo: así ocurre con la mención a la llegada del momento preciso para que el rapto se produzca durante los simulados juegos (*ubi spectaculi tempus uenit* / «Llegó el día señalado / de la fiesta apregonada»), con la referencia al descuido en que se encuentran los sabinos ensimismados con el espectáculo (*ubi ... deditaeque eo [spectaculo] mentes cum oculis erant* / «ocupan los circunstantes / las vistas, memorias y almas»), con la concreta señal que avisa del inicio del rapto (*tum ex composito ... signoque dato* / «y así, fingiendo un ruido / entre ellos, tocan alarma») o con la súbita algarabía que se forma cuando la

juventud romana se lanza sobre las doncellas (*orta uis ... iuuentus Romana ad rapiendas uirgines discurrit* / «salen los jóvenes fieros / ardiendo en ardor y saña»). El resto del episodio en el romance es, como ya hemos dicho, recreación amplificadora del tumulto que siguió a estos primeros instantes del rapto aderezada con notables tintes dramáticos que no se encuentran en la fuente de Livio, que omite referir puntualmente toda la casuística ocurrida durante los lógicos forcejeos al señalar con ajustada concisión *magna pars forte in quem quaeque inciderat raptae*.

En este estado de excitación y tensión generalizada al que Juan de la Cueva ha llevado a su romance no podía faltar la noticia que Livio aporta más adelante y que nos presenta a un paternal Rómulo tranquilizando a las azaradas doncellas sabinas. En efecto, el historiador latino incluye en su relato las palabras que el fundador de Roma dedicó a las jóvenes raptadas para apaciguarlas y explicarles el móvil de su acción. Entre las varias razones que Livio atribuye a la argumentación de Rómulo, sólo se recogen tres ideas en el texto del romance: la de que tuvieron que obrar así porque sus padres les negaron llegar a un matrimonio aceptado de buen grado, la de que las han raptado no para deshonrarlas, sino para casarse con ellas y, por último, la de que ablandaran su ánimo y aceptasen al que el azar les había entregado por marido. Todo ello aparece expresado de este modo en el relato historiográfico (1.9.14):

Sed ipse Romulus circumibat docebatque patrum id superbia factum qui conubium finitimus negassent: illas tamen in matrimonio, in societate fortunarum omnium ciuitatisque et quo nihil carius humano generi sit liberum fore; mollirent modo iras et, quibus fors corpora dedisset, darent animos,

y en los siguientes términos, muy cercanos al texto latino, en el romance hispano (vv. 103-120):

Mas Rómulo puesto en medio
A todas su pena aplaca,
Diciéndoles que su intento
No era el que ellas pensaban,
Que era el querer ofendellas
Y dejallas deshonradas;
Mas ser con ellas casados,
Y que aquella era la causa
De habellas robado así,
Porque les fueron negadas
De sus padres, despreciando
Sobre el caso su embajada,
Y que solo aquel camino
Hallaron par alcanzallas:
Que perdiesen el temor
Y despudiesen las sañas,
Y amasen el que la suerte
Por marido le entregaba.

De la propia tradición de conocimiento general del episodio, o de cualquiera de las fuentes antiguas que informan de ello (sea Plutarco u Ovidio), el romance ha debido tomar la noticia, ya que no consta en el texto de Livio, de que la mujer que le toca en suerte a Rómulo es Hersilia. Así, con la incorporación de este detalle ajeno a la historia liviana, Juan de la Cueva concluye el episodio del rapto retomando el hilo textual de la narración de Livio que, poco antes de las palabras del fundador de Roma y en referencia a la marcha de los afrentados sabinos de la ciudad, señalaba (1.9.13):

...incusantes [maesti parentes uirginum] uiolati hospitii scelus deumque inuocantes cuius ad sollemne ludosque per fas ac fidem decepti uenissent.

Y así resulta, pues, la síntesis de ambas noticias en el romance hispano (vv. 121-130):

Con tales persuasiones
Rómulo las aplacaba,
Y repartidas entre ellos,
Fueron con ellos casadas,
Cabiendo a Rómulo, Hersilia,
Que en belleza era extremada.
Ofendidos los sabinos,
A los dioses se quejaban
De los perjuros romanos
Y las armas aprestaban.

En seguimiento del relato historiográfico de Livio, Juan de la Cueva continúa la narración de la lucha entre romanos y sabinos omitiendo una buena porción de datos relativos a la guerra suscitada tras el rapto (en concreto, todo el capítulo décimo y parte del undécimo del libro I de *Ab urbe condita*), pero centrándose, como momentos estelares de obvia acogida en el octosílabo y con escrupuloso respeto a la secuencia narrativa de la obra de Livio, en la traición de Tarpeya, en la muerte de Hostio Hostilio, en el enfrentamiento entre el caudillo sabino Metio Curcio y Rómulo, y en la escena de la intervención mediadora de las jóvenes raptadas para alcanzar la paz entre ambos pueblos. Así, comenzando por lo primero, el romance pasa rápidamente a enfrentar ante las puertas de Roma a Tito Tacio con el ejército de la urbe refiriendo con cierta literalidad la historia de Tarpeya narrada por el autor latino (1.11.6-7):

Sp. Tarpeius Romanae praeerat arci. Huius filiam uirginem auro corrumpit Tatius ut armatos in arcem accipiat: aquam forte ea tum sacris extra moenia petitem ierat. Accepti obrutam armis necauere, seu ut ui capta potius arx uideretur seu prodendi exempli causa ne quid usquam fidum proditori esset,

que sin excesivas licencias, incluida la idea final de no fiarse de los traidores –que es ciertamente traducida en los correspondientes octosílabos–, queda romanceada del siguiente modo (vv. 131-154):

Y con ellos su rey Tacio
Se pone luego en campaña,

Y viniendo sobre Roma,
Su destrucción protestaban.
Y para principio d'ella
Un ardid discreto trazan,
Con que en su primer encuentro
Tuvieron en Roma entrada:
Y fue, que Spurio Tarpeyo
Hombre noble y de gran fama
Tenía la fortaleza
A su cargo encomendada.
Éste tenía una hija,
Tarpeya por él llamada,
Que corrompida con dones,
Negando la fe a su patria,
La puerta que cerró el padre
Abrió a la enemiga escuadra,
Que luego que se vió dentro,
A la infame hembra mata,
Dando ejemplo con su muerte
Ser debida y justa paga,
Y que al traidor no se debe
Guardar la fe ni palabra.

La muerte de Hostio Hostilio a manos de Curcio, que Livio refiere telegráficamente –y casi prestando más atención al desconcierto que cundió tras ella dentro del bando romano–, Juan de la Cueva la despacha con un leve dramatismo de aliento épico al convertir esa concisa noticia en un simulacro de combate propio de la gran epopeya (vv. 155-166)¹⁹:

Los romanos acudieron,
Viendo la ciudad ganada,
Siguiendo tras Hostio Hostilio,
Su capitán, a cobralla,
Que atravesado cayó
Por los pechos, de una lanza;
Cuya repentina muerte
A los romanos desmaya.
Y así, puestos en huida,
Sin orden, se desbaratan,
Siguiéndoles Mucio Cuvio²⁰,
Capitán de la otra banda.

¹⁹ Liv. 1.12.2-3: *Principes utrimque pugnam ciebant ab Sabinis Mettius Curtius, ab Romanis Hostius Hostilius. Hic rem Romanam iniquo loco ad prima signa animo atque audacia sustinebat. Ut Hostius cecidit, confestim Romana inclinatur acies fusaque est.*

²⁰ Evidentemente, el nombre de Mucio Cuvio es una deformación del latino *Mettius Curtius* en su traducción castellana «Metio Curcio». El error tal vez haya que atribuirselo al copista sobre cuyo modelo se hizo la edición sevillana del *Coro febeo* o al propio autor de las planchas de la edición (pues a todas luces parece un error paleográfico) y no a Juan de la Cueva.

Más cercano a Livio, en cambio, se muestra nuestro romance al narrar los acontecimientos que siguen a la muerte del caudillo romano. En efecto, el historiógrafo latino cuenta en 1.12.3-10 que, tras caer Hostilio en la lucha, se produce un repliegue de las tropas romanas encabezadas por Rómulo, que en la huida suplica ayuda a Júpiter y se dirige a sus soldados para infundirles ánimos y rechazar al enemigo. Acto seguido, dice Livio, como si el dios hubiera atendido la petición del fundador de la Urbe, los romanos, con Rómulo a la cabeza, se lanzan contra el bando sabino, poniendo en fuga al ejército y también en serios aprietos a su caudillo Curcio, que salva la vida por poco y gracias a la intervención de los suyos. De la misma manera organiza Juan de la Cueva la noticia que de estos hechos da en su romance, aunque introduciendo –tal vez llevado por el contexto o quizá por no haber entendido bien la noticia que da el historiador– alguna significativa omisión y cambio. Lo que sí encontramos, como eco del relato de Livio, es la doble alocución de Rómulo a Júpiter y a sus hombres, pidiendo a uno ayuda para los romanos y a los otros mayor arrojo en la lucha (vv. 167-184):

Viendo Rómulo ir huyendo
Su gente con tal infamia,
De coraje y de dolor
Al cielo las manos alza,
Diciendo: –¡Divino Jove,
Si aquí tu favor nos falta,
Vida, nombre, imperio y gloria,
Faltándonos él, acaba!
¡Vuelve pues, piadoso padre,
En piedad la ardiente saña,
Y a estos romanos vencidos
Tu favor aspire y gracia!–
Esto diciendo, a los suyos
Se vuelve, y dice en voz alta:
–Seguidme, amigos romanos,
Seguidme, gente romana,
Que aun no estamos tan vencidos
Que perdamos la esperanza.–

Asimismo, también leemos en el romance el nuevo ardor que se apodera de los romanos y el contraataque que lanzan contra los sabinos y que, a diferencia del relato histórico –donde casi Rómulo siega la vida de Metio Curcio²¹–, se salda con la muerte de su caudillo (vv. 185-202):

²¹ En efecto, las fuentes historiográficas, incluido Livio, aluden a las dificultades que encontró Metio Curcio en su enfrentamiento con Rómulo para salvar la vida, pero no se refieren en ningún momento a su muerte. Así, Livio, la fuente del romance, señala al propósito (1.12.10): *Mettius in paludem sese strepitu sequentium trepidante equo coniecit: auerteratque ea res etiam Sabinos tanti periculo uiri. Et ille quidem aduentibus ac uocantibus suis fauore multorum addito animo euadit.*

Sin hablar más, arremete
Abriendo una senda ancha
Por los fieros enemigos,
Que a unos hiere y a otros mata,
Derribando a éstos y a aquéllos
Y a cuantos delante halla.
Los romanos esforzando,
La cobardía dejada,
Siguen tras su capitán,
Que yendo así en la batalla,
Al capitán Mucio encuentra,
Que a los sabinos ampara;
El cual a Rómulo viendo,
Aprestado de sus armas,
Le acometió, y el romano
Como romano le aguarda,
Y emparejando con él,
Le privó de vida y alma.

Por último, y en ello se extiende con evidente generosidad merced a los habituales engrosamientos que Juan de la Cueva hace de la materia narrativa cuando ésta llega a momentos de cierta tensión dramática, el romance da cuenta del episodio que narra la intervención de las jóvenes raptadas para pedir la paz entre los dos bandos. Livio continúa siendo la fuente para el relato de este suceso como puede apreciarse, además de en la idéntica secuenciación con respecto a lo que se dice en *Ab urbe condita*, sobre todo en que nada se dice sobre si la que capitaneaba el tumulto mujerial era Hersilia –cosa que sí hacen otras fuentes del episodio, como pueden ser las de Plutarco, Dionisio de Halicarnaso u Ovidio– y en que podemos detectar, según es habitual, alguna evidencia literal del texto latino. Y es así, guiado por la narración de Livio²², como cuenta el romancista sevillano la interposición de las sabinas en mitad de la lucha (vv. 203-270):

Los sabinos se retiran,
Y los romanos se partan,
Reformando las dos huestes
Con más ira y mayor saña.
Y queriendo arremeterse,

²² LIV.1.13.1-4: *Tum Sabinae mulieres, quarum ex iniuria bellum ortum erat, crinibus passis scissaque ueste, uicto malis muliebri pauore, ausae se inter tela uolantia inferre, ex transuero impetu facto dirimere infestas acies, dirimere iras, hinc patres, hic uiros orantes, ne se sanguine nefando soceri generique respergerent, ne parricidio macularent partus suos, nepotum illi, hi liberum progeniem. 'Si adfinitatis inter uos, si conubii piget, in nos uertite iras; nos causa belli, nos uolnerum ac caedium uiris ac parentibus sumus; melius peribimus quam sine alteris uestrum uiduae aut orbae uiuemus'. Mouet res cum multitudinem tum duces; silentium et repentina fit quies: inde ad foedus faciendum duces prodeunt. Nec pacem modo sed ciuitatem unam ex duabus faciunt. Regnum consociant: imperium omne conferunt Romam.*

Se puso en medio una escuadra
De las mujeres sabinas,
Que enternecidas de lástima
De ver sus padres y hermanos
Con las armas levantadas,
De otra parte sus maridos,
Con quien ya en amor se traban,
Los unos contra los otros
Y cuán sin piedad se matan,
Queriendo ser el remedio,
Pues del mal eran la causa,
Puestas en medio les piden
Que se sosieguen las armas,
Y arrancando sus cabellos,
Sus vestidos despedazan,
Diciendo a voces: —¿Qué os sirve
Mataros? ¿Qué se restaura
Cuando os hayáis todos muerto,
Pues no se remedia nada
Si no es dejarnos viudas
Nuestros padres, y afrentadas,
Y nuestros fieros maridos,
Sin padres, desamparadas?
Que de cualquier modo el daño
Sobre nosotras descarga,
Si nos matan los maridos
O si los padres nos faltan.
Dejad, dejad el combate,
Dejad la guerra inhumana,
Volved el odio en amistad,
Meted las fieras espadas,
Pues en lo uno se pierde,
Lo que en lo otro se gana.—
Esto decían las sabinas
Derramando tiernas lágrimas;
Ya rogando a los maridos
De sus piernas se abrazaban,
Ya volviéndose a sus padres
El paso les embarazan,
Ya al pariente, ya al hermano
La dulce paz les demandan.
Fue tan eficaz el llanto
Que sus ánimos ablanda,
Y todos enternecidos
Se inclinan y el odio apartan,
Que lágrimas de mujeres
Cualquiera furor aplacan,
Que al viento en su mayor furia

Y al rayo sujetan y atan,
De la suerte que el furor
D'estos dos pueblos atajan;
Y reducidos a paz
Las fieras armas abajan,
Cuando ya tenían las puntas
Casi en los pechos hincadas.
Hicieron de los dos pueblos
Uno, y una ambas estancias,
Los romanos y sabinos
Con perpetuas alianzas,
Dándole a Roma el imperio
Y el mando en todas las causas,
Por el valeroso esfuerzo
De las sabinas robadas.

Al margen, pues, de la amplificación dramática del episodio, el pasaje del romance que desarrolla esta porción del relato muestra algunas similitudes con la fuente historiográfica latina. En primer lugar, en él se da cabida en estilo directo a las razones que esgrimen las jóvenes raptadas para convencer a padres y maridos argumentándose, como también ocurre en Livio, la absurda y desamparada situación en que quedarían, venciera quien venciera en la lucha. En segundo lugar, coincide el romancista con el texto latino en ofrecer un plástico y efectivo retrato de las mujeres sabinas que fuera de sí se interponen en mitad de la pelea: Livio las describe *crinibus passis scissaque ueste*, y Juan de la Cueva de forma muy similar «arrancando sus cabellos / sus vestidos despedazan». Y, por último, también el romance se hace eco no sólo de la paz lograda, sino también de las condiciones del pacto que logran alcanzar los ejércitos enfrentados y que, en palabras de Livio, fue no sólo crear un único Estado con los dos pueblos, sino conferir todo el poder a la ciudad de Roma: «hicieron de los dos pueblos / uno, y una ambas estancias, / los romanos y sabinos / con perpetuas alianzas, / dándole a Roma el imperio / y el mando en todas las causas».

3. El tercero y último de los romances del *Coro febeo* relacionado con Rómulo da un pequeño salto con respecto a su fuente y se fija en el capítulo final del reinado del fundador de Roma. Es así como, bajo el título «Apotheosis de Rómulo», el poema de Juan de la Cueva se centra en el episodio de la tormenta durante la que desaparece el hijo de Rea Silvia y los sucesos prodigiosos que siguen a este suceso, tal es la intervención de Julio Próculo a favor del rey desaparecido comunicando al desconcertado pueblo romano el mensaje tranquilizador que el propio Rómulo, ya convertido en dios, le dicta.

De manera mucho más clara que los anteriores, aunque siempre el romance sigue la secuencia de los hechos conforme los relata Livio y denota alguna literalidad con el texto latino, Juan de la Cueva amplifica la noticia, concisa y huérfana de precisiones accesorias, que el historiador da al respecto en 1.16.1-8. Efectivamente, en primer lugar, el poema hispano recoge la escena de la tormenta durante la cual desa-

parece el fundador de Roma y verbaliza como en la historia de Livio la sorpresa y opiniones enfrentadas sobre el suceso que asaltan al sobrecogido pueblo romano (vv. 1-70). Ahí tenemos, para empezar, la ubicación del episodio durante la asamblea en la que Rómulo pasa revista al ejército, si bien no hay especificación del lugar concreto donde sucede, según claramente apuntaba el relato liviano (vv. 1-6)²³:

Rómulo estaba haciendo
De su fuerte gente alarde,
En quietud gozando el reino
Ganado con tanta sangre,
Y estando en su tribunal
Asentado con los padres...

Ahí también tenemos, engrosado para mayor dramatismo, el relato de cómo se desencadena y luego se disipa la tormenta que envolviendo al rey, lo hace desaparecer, con alusiones, similares a las de Livio²⁴, a la oscuridad que primero se cierne sobre el lugar y luego da paso a un cielo sereno (vv. 7-30):

Comenzó a bramar el viento
Y el cielo claro a turbarse;
Y con súbita violencia,
Agua, piedra, fuego y aire
Contra la romana gente,
Todo vino a conspirarse,
Con tan fiero movimiento,
Que terror les causó grande;
Y así todos temerosos,
Sin tener segura parte,
Cercados de oscura sombra,
Temiendo aguardan que pase
La tempestad espantosa,
Y su horrible furia aplaque,
Mostrándose el claro día
Con la luz que se vió antes.
Estando así los romanos
Deseando que se amanse
El terremoto terrible,
La luz comenzó a mostrarse;
Cesó el agua, el aire, el fuego;
La tiniebla se deshace,
Restituyendo el sol claro
Su luz que la sombra aclare.

²³ Liv.1.16.1: *...cum ad exercitum recensendum contionem in campo ad Caprae paludem haberet.*

²⁴ Liv.1.16.1-2: *...subito coorta tempestas cum magno fragore tonitribusque tam denso regem operuit nimbo ut conspectum eius contioni abstulerit (...). Romana pubes sedato tandem pauore postquam ex tam turbido die serena et tranquilla lux rediit...*

Y ahí están, del mismo modo que la fuente del romance²⁵, la sorpresa general al encontrar vacío el trono del monarca (vv. 31-38):

La gente empezó a moverse,
Aunque confusa y cobarde;
Los senadores se miran,
Sin que ninguno se hable.
Acuden a ver a su rey
Deseosos de hablalle.
Hallaron vacía su silla,
Sin poder jamás hallalle,

y las invocaciones que al padre de Roma lanzan todos reclamando su presencia (vv. 39-52):

Comenzaron a dar voces:
—¿Dónde estás, hijo de Marte?
¿Dónde estás, Rómulo fuerte?
¿De aquí quién pudo llevarte?
¿Dinos si, dejando el suelo,
Te llevó al cielo tu padre?
Avisa a tu triste gente,
Que el fin de su rey no sabe.—
D' esta suerte lamentaban
A Rómulo en todas partes,
Llamándole padre y rey,
Repitiendo el nombre en balde,
Sin dar descanso a sus voces,
Ni de llamallo cansarse.

Y a todo ello le sigue, ofreciendo, en este caso, una suerte de síntesis de las explicaciones que Livio ofrece a propósito del sobrenatural suceso²⁶, la relación de las ideas enfrentadas entre el pueblo y el senado sobre cuál había sido la suerte seguida por el fundador de la ciudad (vv. 53-66):

Sosegó el confuso estruendo
Las voces y gritos grandes:
Decían unos que fue al cielo

²⁵ LIV.1.16.2-3: *...ubi uacuum sedem regiam uidit (...), tamen uelut orbitatis metu icta maestum aliquamdiu silentium obtinuit. Deinde a paucis initio facto, deum deo natum, regem parentemque urbis Romanae saluere uniuersi Romulum iubent.*

²⁶ Livio, en 1.16, ofrece la opinión que dieron los senadores que lo acompañaban: *...etsi satis credebatur patribus qui proximi steterant sublimem raptum procella;* y sin embargo, más adelante, en 1.16.4, ofrece otra interpretación más racionalista del suceso: *Fuisse credo tum quoque aliquos qui discerptum regem patrum manibus taciti arguerent.* De ambas parece hacerse eco el romance al contraponer la opinión del senado, poco proclive a ver en el acontecimiento una apoteosis de su rey, y la del pueblo, crédulo de la conversión en dios de Rómulo ante lo inexplicable de su desaparición.

Llevado a que allá descanse:
Otros, que ya era dios,
Y debían por dios honralle,
Y entre los dioses ponello
Celestiales y penates.
El Senado lo reprueba,
Diciendo ser yerro grave
Que a Rómulo hagan dios,
Ni con tal nombre lo llamen,
Y que entender otra cosa
Era de gente ignorante.

En segundo lugar, contamos también con la intervención de Julio Próculo tranquilizando al pueblo y haciéndose cuestión del mensaje que Rómulo, tras producirse su apoteosis, le ha hecho llegar. Igual que en Livio, y como eco, por tanto, suyo, Juan de la Cueva pone en boca de este personaje la constatación ante los romanos de que el fundador de Roma se ha convertido efectivamente en dios y el vaticinio de la grandeza que aguarda en el futuro a la Urbe. Y una vez más, aparte de estas manifiestas huellas del relato de Livio en el contenido, afloran también en el romance algunas evidencias textuales de la sostenida literalidad que guarda con respecto a él. La presentación que hace el historiador latino de Próculo y el relato de sus palabras (1.16.5-8):

Namque Proculus Iulius, sollicita ciuitate desiderio regis et infensa patribus, grauis, ut traditur; quamuis magnae rei auctor in contionem prodit 'Romulus', inquit, 'Quirites, parens urbis huius, prima hodierna luce caelo repente delapsus se mihi obuium dedit. Cum perfusus horrore uenerabundusque adstitissem petens precibus ut contra intueri fas esset, «Abi, nuntia» inquit «Romanis, caelestes ita uelle ut mea Roma caput orbis terrarum sit: proinde rem militarem colant scianque et ita posteris tradant nullas opes humanas armis Romanis resistere posse». 'Haec', inquit, 'locutus sublimis abiit',

son el molde evidente de la salida a escena e intervención que Juan de la Cueva propone para su protagonista (vv. 71-126):

Estando así contendiendo,
Sin que su porfía cesase,
Un varón esclarecido
Por virtud y noble sangre,
Julio Próculo llamado,
Viendo el trabado combate,
Puesto en medio del tumulto,
Dijo en voz alta y suave:
—¡Oh caballeros romanos!
Dad a las voces remate,
Y lo mismo os amonesto
A vosotros, populares,
Para que en vuestra contienda
Oigáis cosas que os espanten:

En lo cual juro a los dioses,
En quien toda verdad cabe,
A los del horrible Huerco,
Y a los domésticos Lares,
Y a los que no conocemos,
Que son de gloria capaces,
De deciros la verdad,
Porque vuestra duda acabe.
Sabréis que Rómulo sacro,
Hijo del divino Marte,
Y padre de nuestra Roma,
Honor d'ella y de su padre,
Se me apareció en figura
Refulgente y admirable,
De excelente especie, y forma
Más extraña y venerable
Que vi jamás, ni él viviendo
La tuvo tan elegante;
Con resplandecientes armas
Compuesto, y con nuevo traje:
El cual, viéndome suspenso
De ver claridad tan grande,
Llamándome por mi nombre,
Dijo así en voz mansa y grave:
«Julio Próculo, di a Roma
Cual me ves y me hablaste,
Y que los dioses del cielo
Quisieron allá llevarme,
Que como del cielo vine,
Al cielo volví a tornarme.
Que mis romanos se esfuercen;
Y no teman que les falte,
Y se den al ejercicio
De Marte, y d'él no se aparten;
Que los dioses le conceden
A mi Roma, que contraste
El mundo, y d'él sea cabeza,
Y ella lo sujete y mande».
Cuando llegó a esta razón
Fue suspendido en el aire;
De nueva luz rodeado,
Me dejó, sin más hablarme.–

Y así puede verse, entre otros paralelos, cómo en la aparición de Rómulo se insiste, igual que en el texto de Livio –aunque con el engrosamiento dramático habitual–, en los rasgos divinos que atina a vislumbrar en mitad de su temor el azorado Próculo (*parens urbis huius, prima hodierna luce caelo repente delapsus se mihi obuium dedit. Cum perfusus horrore uenerabundusque adstitissem petens preci-*

*bus... / «Sabréis que Rómulo sacro, / hijo del divino Marte, / y padre de nuestra Roma, / honor d'ella y de su padre, / se me apareció en figura / refulgente y admirable, / de excelente especie, y forma / más extraña y venerable / que vi jamás, ni él vi- viendo / la tuvo tan elegante; / con resplandecientes armas / compuesto, y con nuevo traje»); puede observarse también cómo en las palabras que el divinizado rey le transmite se insiste en mantener y fomentar el carácter belicoso que habrá de acompañar a Roma durante su historia y en el glorioso futuro que la aguarda («*Abi, nuntia*», *inquit*, «*Romanis, caelestes ita uelle ut mea Roma caput orbis terrarum sit: proinde rem militarem colant sciantque et ita posteris tradant nullas opes humanas armis Romanis resistere posse*») / «Que mis romanos se esfuercen; y no teman que les falte, / y se den al ejercicio / de Marte, y d'él no se aparten; / que los dioses le conceden / a mi Roma, que contraste / el mundo, y d'él sea cabeza, / y ella lo sujete y mande»); y puede comprobarse, por fin, cómo se resalta la súbita desaparición de Rómulo ante la vista de Próculo en idénticos términos a como se produjo en cada caso su teofanía ('*Haec*', *inquit*, '*locutus sublimis abiiit*' / «Cuando llegó a esta razón / fue suspendido en el aire; / de nueva luz rodeado, / me dejó, sin más hablarme»).*

La noticia, por último, que cierra el romance, está ausente en Livio y no hace sino poner el colofón final, de acuerdo al hilo conductor que ha llevado el poeta en este y en los otros dos romances a través de la vida de Rómulo, con alusión al nombre de Quirino que adoptó el divinizado rey y al templo que en el monte Quirinal se erigió en honor suyo (vv. 127-136):

Cesó Próculo, y el pueblo
Con nuevo alarido sale
Afirmando lo que ha dicho
Próculo al pueblo ignorante,
Y todos en un acuerdo
Dicen que por dios le acaten,
Y dejando el nombre antiguo
El dios Quirino se llama;
Y en el monte Quirinal
Un templo a Quirino hacen.

En cualquier caso, a pesar de la ausencia de noticias como ésta y otras que estando presentes en los romances de Juan de la Cueva no lo están en el relato de Tito Livio, no cabe ninguna duda de que la pretensión del poeta sevillano en estos tres romances ha sido la de amoldar al octosílabo la narración historiográfica. Para ello, no ha hecho otra cosa que poner a su servicio la habitual forma de proceder en el ámbito del romancero, esto es, amplificar la materia de la fuente allí donde se vislumbra un mayor contenido lírico y amputar el dato considerado accesorio al objetivo de su versión. Y en este caso, al contenido idéntico al de la historia de Livio que se vuelca al verso de ocho sílabas, hay que sumar también la copia de la plantilla narrativa que lleva a cabo nuestro poeta y los múltiples ecos textuales, esbozos de traducción, que jalonan su recorrido por la vida del legendario fundador de Roma, haciendo así del texto del historiador latino la fuente y el modelo narrativo de cada uno de sus tres romances.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALFOLDI, A. (1965), *Early Rome and the Latin*, Ann Arbor.
- ARCAZ POZO, J.L. (en prensa), «Episodios de la monarquía romana en algunos romances del *Coro febeo* de Juan de la Cueva», *Myrtia*.
- BÖMER, F. (1951), *Rom und Troia*, Baden–Baden.
- BREMMER, J.N. (1987), «Romulus, Remus and the Foundation of Rome», en J.N. Bremmer–N.M. Horsfall (eds.), *Roman Myth and Mythography*, Londres, pp.25-48.
- CALDERÓN DORDA, E. (2005), «La mitología clásica en la obra poética de Juan de la Cueva», en R. Escavy Zamora *et alii* (eds.), *Amica verba in honorem Prof. Antonio Roldán Pérez*, Murcia, vol. I, pp.133-154.
- CEBRIÁN, J. (1984), *Juan de la Cueva. Fábulas mitológicas y épica burlesca*, Madrid.
- CEBRIÁN, J. (1991), «El segundo *Coro febeo de romances historiales*», en *Estudios sobre Juan de la Cueva*, Sevilla, pp.81-99.
- CORNELL, T.J. (1975), «Aeneas and the Twins: the Development of the Roman Foundation Legend», *PCPhS* 21, 1-32.
- COSSÍO, J.M^a DE (1952), *Fábulas mitológicas en España*, Madrid.
- CRISTÓBAL, V. (2000), «Pervivencia de autores latinos en la literatura española: una aproximación bibliográfica», *Tempus* 26, 5-76.
- DELICADO MÉNDEZ, R. (1991), *Tito Livio en España (Códices latinos en las bibliotecas españolas. Tradición castellana de Livio, directa e indirecta)*, Tesis Doctoral, Madrid.
- DELICADO MÉNDEZ, R. (1996), «La tradición de Tito Livio en España», en M. Puig Rodríguez–Escalona (ed.), *Tradició clàssica*, Andorra, pp.311-316.
- DURÁN, A. (1849), *Romancero general o colección de romances castellanos anteriores al siglo XVIII*, Madrid, vol. I, pp. 345-349.
- ESCOBAR, F.J. (2004), «Nuevos datos sobre libros y lecturas de Juan de Mal Lara (A propósito de la *Tabla de autores del Hércules animoso*)», *Criticón* 90, 79-98.
- ESCOBAR, F.J. (2009), «La obra poética de Juan de la Cueva en el entorno sevillano (con un excursus sobre sus vínculos con Diego Girón y Fernando de Herrera)», *Rivista di Filologia e Letterature Ispaniche* 12, 35-70.
- ESCOBAR, F.J. (2010), «Juan de la Cueva, ‘*artifex exclusus*’: un poeta en los ‘márgenes’ del Parnaso sevillano, a propósito del *Viage de Sannio*», en S. Fernández Mosquera–A. Azaustre, *Compostella Aurea. Actas del VIII Congreso de la AISO*, Santiago de Compostela, pp.243-250.
- FONTÁN, A. (1987), *Tito Livio. Historia de Roma (Libros I y II)*, texto revisado, traducción, introducción y notas, Madrid.
- GALLÉ CEJUDO, R.J. (2002), «La historia de Pantea en cuatro romances de Juan de la Cueva», *Myrtia* 17, 255-296.
- HORSFALL, N.M. (1987), «Myth and Mythography at Rome», en J.N. Bremmer–N.M. Horsfall (eds.), *Roman Myth and Mythography*, Londres, pp.1-11.
- IGLESIAS MONTIEL, R.M^a (1993), «Roma y la leyenda troyana: legitimación de una dinastía», *EClás* 104, 17-35.
- JIMÉNEZ, E.–SÁNCHEZ, E. (2002), *Dionisio de Halicarnaso. Historia antigua de Roma (Libros I-III)*, Madrid.
- LÓPEZ FONSECA, A. (1991), «Ilia/Rea Silvia. La leyenda de la madre del fundador de Roma», *EClás* 100, 43-54.

- MADDOLI, G. (1988), «Romolo», *Enciclopedia Virgiliana*, Roma, vol. IV, pp.570-574.
- MENÉNDEZ PELAYO, M. (2008), *Bibliografía hispano latina clásica. Hostio-Plauto*, edición digital preparada por E. Sánchez Reyes, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, pp.47-67.
- POUCET, J. (1985), *Les origines de Rome*, Bruselas.
- WITTLIN, C.J. (1977), *P. López de Ayala. Las Décadas de Tito Livio*, ed. crítica de los libros I a III con introducción y notas, 2 vols., Barcelona.